

El grupo poético del 27 y Sevilla: Crónica de un acto fundacional ¹

POR

ROGELIO REYES CANO
Universidad de Sevilla

A Javier Díez de Revenga.

Quiero empezar agradeciendo a esta Academia de Alfonso X el Sabio de Murcia su generosa invitación y a mi amigo y compañero el profesor Díez de Revenga sus amables palabras de presentación. Es para mí una satisfacción y un honor hablar de la poesía del 27 de Sevilla en una institución como ésta, que lleva además el nombre de un monarca que tanto significó también para la ciudad andaluza. No es ésta, sin embargo, la única coincidencia de esta tarde, pues vengo a hablar de la relación entre Sevilla y el grupo poético del 27 precisamente a una ciudad como Murcia que también significó mucho, a través de sus importantes revistas, en la génesis y proyección de los ideales poéticos de la generación.

«Sevilla y la generación del 27». Este es aproximadamente el título que he puesto a mi conferencia y que podría completarse con el siguiente subtítulo: «Crónica de un acto fundacional», o «crónica del nacimiento de un grupo poético». Los dos valen, porque los dos expresan la idea central sobre la que pienso extenderme; a saber, lo que Sevilla supuso en la conformación del grupo y muy especialmente en esos momentos iniciales del homenaje a Góngora de finales de 1927, que culmina con los famosos actos del Ateneo sevillano de la mano y bajo el estímulo y hasta el soporte económico del torero Ignacio Sánchez Mejías.

¹ Conferencia pronunciada el 20 de noviembre de 1986 en la Academia Alfonso X el Sabio de Murcia, dentro del curso «En torno a *Verso y prosa* y a los poetas de los años veinte» (18-27 de noviembre de 1986). Para reproducir fielmente el texto leído en aquella ocasión, reduzco al mínimo las notas bibliográficas y críticas.

Los poetas del 27 tuvieron desde su origen dos notas que faltan en otros movimientos literarios: su fuerte conciencia de grupo y su marcado acento urbano. Esa segunda nota está presidida por el poder aglutinador de Madrid. Quiero decir que aquella andadura poética del 27 —una de las más importantes de toda nuestra historia literaria— no podría entenderse sin aludir a su estrecha vinculación con el marco urbano del Madrid de los años 20, verdadero centro vital, cultural y poético de la generación. Algunos, los menos, son madrileños (Salinas, Dámaso Alonso, Bergamín...). Otros, los más, periféricos (Aleixandre, Guillén, Lorca, Alberti...); pero todos confluyen o caen sobre Madrid y allí entablan una relación que va más allá de la poesía y que los hace amigos sobre poetas. En este sentido, Madrid constituye la referencia urbana central de la generación, pero no la única, pues hay otras ciudades que, sin duda más modestamente, cumplieron también algún papel importante, sea en los mismos orígenes del grupo, sea en su desarrollo y proyección posteriores. Cómo olvidar, en efecto, la Málaga de *Litoral* y de la imprenta Sur de Manuel Altolaguirre o la Murcia del *Suplemento Literario de La Verdad* o de *Verso y prosa*. Vamos a centrarnos en esta ocasión en el caso de Sevilla.

Comencemos diciendo que hablar de Sevilla y la generación del 27 implica establecer una relación entre una ciudad y un fenómeno literario, relación no siempre fácil de dilucidar y de precisar en sus justos límites pues se trata de un hecho sometido a muchas circunstancias. Relación, además, que en este caso concreto que nos ocupa ahora supone —a pesar de los aspectos pintorescos y festivos de la famosa excursión de diciembre de 1927— algo más que un intercambio de signo externo reducido a lugares, actos, personas y anécdotas, sino que se proyecta a un plano más trascendental de gustos y afinidades estéticas, que es lo que en último término explica cualquier quehacer literario. El innegable maridaje entre Sevilla y los grandes poetas del 27 se asienta, a mi juicio, sobre dos realidades estéticas muy claras. Una es obra de la misma ciudad, capaz por aquel entonces de dar vida a un clima literario, a un estado espiritual propicio para acoger y cultivar la modernidad lírica que los jóvenes del 27 propugnaban. El otro factor procede de la actitud de esos mismos jóvenes que, llegados a Sevilla en sucesivas ocasiones, pero muy significativamente en aquel famoso diciembre de 1927, conectan con el espíritu de la ciudad y saben mirarla desde presupuestos estéticos novedosos. Se establece así desde muy pronto (en realidad desde la llegada de Pedro Salinas a su cátedra universitaria en 1918) una feliz correspondencia estética entre ciudad y poetas; correspondencia que propicia relaciones y asegura afinidades. Sevilla recibe al grupo de poetas innovadores con la afectuosa familiaridad que emana del reducido plantel de escritores locales que se hallan en esa misma órbita renovadora, abiertos a las mismas expectativas líricas y al mismo entusiasmo creador. Y el grupo que llega de Madrid —ese grupo poético-excursionista que trae de la mano Sánchez Mejías— se dejará pronto subyugar por la personalidad de la ciudad y la incorporará de inmediato a su decir poético. Cuando Lorca, por ejemplo, en su *Poema del cante jondo*,

escribe que «Sevilla es una torre/llena de arqueros finos» está ilustrando toda una nueva manera de cantar a la ciudad, tan alejada de la fórmula realista como del folklorismo barato. Sus dos versos representan un nuevo modo poético de mirar a Sevilla, depurado en su decir, quintaesenciado en el juego de imágenes. Sevilla convertida en personaje, humanizada en la formidable sinécdoque de su torre-símbolo. Es el decir poético que Lorca hereda de Juan Ramón, que quería convertir a Sevilla en la capital universal de la poesía. El mismo que veremos en Salinas, en Alberti, en Gerardo Diego o en Guillén. El mismo lenguaje poético que comienza a ser una realidad compartida en los años inmediatos al 27 y que se integra en la historia literaria en aquellos momentos —hoy emblemáticos— de la excursión del grupo a Sevilla. Pocas ciudades españolas pueden, por ello, ofrecer una relación tan estrecha con esa nueva estética, entonces en ciernes pero ya audazmente madura. Hay entre Sevilla y el 27 un amoroso vaivén de afinidades compartidas, una curiosa confluencia de amistades literarias y personales, un hermanamiento espiritual y estético que la distancia en el tiempo nos permite calibrar mejor cada día. Afinidad de gustos, ambientes, estéticas y personas; confluencia, sin duda nada azarosa, de ciertos acontecimientos que nos parecen casi providenciales: la llegada, primero, de Pedro Salinas a la cátedra de Literatura de nuestra Universidad, donde enseña entre 1918 y 1926; la condición sevillana de Ignacio Sánchez Mejías; la celebración del aniversario de la muerte de Joselito, en el mismo 1927, que posibilitó la venida de Rafael Alberti; los actos del Ateneo; la presencia, también universitaria, de Jorge Guillén, ya en los años 30. Y sobre todo la existencia de un plantel de poetas jóvenes agrupados en la revista *Mediodía*, órgano estético de los ideales de la generación y vehículo que hermana a los poetas de aquí con los que viven por entonces en Madrid y que, con escasas excepciones, terminan colaborando en la revista con poemas o textos en prosa.

La inquietud literaria que subyace en una revista como *Mediodía* fue el último eslabón de una cadena de inquietudes que desde los primeros años del nuevo siglo van diseñando, a través de ciertos órganos, la particular historia de la creación literaria sevillana de aquel tiempo: *Bética*, primero, que compagina su regionalismo cultural con la atención a un modernismo literario ya en declive. *Grecia* más tarde, órgano de la vanguardia ultraísta. Y por fin *Mediodía*, a partir de 1926, que nace con inquietudes nuevas (entre ellas una pausada iniciación en el surrealismo) pero que no supone una ruptura descarada con los ideales de *Grecia*. La aparición de *Mediodía* tiene, en ese sentido, su lógica dentro de la historia literaria de Sevilla, pero hay que decir, en honor a la verdad, que no supuso un hecho excepcional para la comprensión de la poesía del 27 sino más bien la específica aportación sevillana a una inquietud poética que, conectada al grupo de Madrid, rendía ya sus frutos en varios lugares de la provincia española. Se ha dicho con razón que el grupo poético del 27 fue, a pesar de lo que Madrid tuvo de aglutinante, un grupo muy poco centralizado. Contribuyeron a ello varias causas, entre ellas la condición periférica de algunos poetas (Lorca, Aleixandre, Diego, Alberti,

Cernuda...) que van a Madrid a estudiar o a otros menesteres pero que no rompen los lazos con sus lugares de origen. También hay que contar con la necesidad itinerante de algunos otros como Salinas, Guillén o Gerardo Diego, que pasan algún tiempo en provincias como profesores de literatura. Pero hay un factor decisivo que explica la citada descentralización. Me refiero a la proliferación de revistas poéticas que, al igual que *Mediodía*, difundirán la nueva estética por todo el país: *Litoral* en Málaga, dirigida por Prados y Altolaguirre; *Papel de Aleluyas* en Huelva, desgajada del grupo sevillano y realizada por Adriano del Valle, Villalón y Rogelio Buendía; las famosas *Carmen* y *Lola*, que Gerardo Diego impulsa desde Gijón, donde el poeta era catedrático de instituto; la granadina *Gallo*, inspirada por Lorca; el *Suplemento literario de La Verdad* de Murcia o la importante *Verso y prosa de la misma ciudad*, animadas por Juan Guerrero Ruiz, Antonio Oliver y el mismo Jorge Guillén, que llega en 1926 a la Universidad murciana. Aunque menos específicamente, otras revistas contribuyen también a difundir los ideales del 27. Tal es el caso de la *Gaceta Literaria* de Giménez Caballero que, a pesar de sus críticas al gongorismo, sirvió de órgano a casi todos los grandes poetas del grupo. Y lo mismo podemos decir de revistas como *España*, *La Pluma y Cruz* y *Raya*. Pocos grupos literarios españoles habrán contado con tanta cobertura editorial y con tantos medios de difusión como el 27, que en ese aspecto recoge la rica tradición de las revistas del Modernismo, auspiciada por Villaespesa, Juan Ramón, etc. *Mediodía*, como *Litoral* o como *Carmen* y *Lola*, es de las primeras y aparece en junio de 1926. Sus responsables con casi todos poetas en plena juventud, relacionados literariamente con el grupo de Madrid. Su director es Eduardo Lloset y a su lado figuran Rafael Porlán como secretario de redacción, Joaquín Romero Murube como redactor-jefe y Alejandro Collantes de Terán como administrador. Entre los colaboradores e impulsores de la revista (Laffón, Sierra, Cernuda, Porlán, Bacarise, Villalón, Halcón, Díaz-Crespo...) hay nombres que por su origen social (como Halcón, miembro de la aristocracia rural sevillana) o por sus específicas aficiones (como la taurofilia de Fernando Villalón) pueden darnos algunas pistas sobre la relación de Sánchez Mejías con el grupo, sin que haya que descartar, naturalmente, otras razones de amistad personal en una Sevilla como la de los años veinte que era todavía una ciudad pequeña y fácilmente abarcable en la que casi todo el mundo se conocía. Una ciudad abocada entonces a la entusiasta empresa cosmopolita de la Exposición Iberoamericana, pero que conservaba todavía una dimensión rural aún no perdida del todo y que podía generar una figura literaria tan ligada al campo como Fernando Villalón o tan integrada en lo taurino como el propio Sánchez Mejías. Los dos, según nos cuenta Romero Murube en su *Sevilla en los labios*, dejaron su huella de originalidad en la tertulia que *Mediodía* celebraba a medianoche en el sevillano «Café Nacional»:

«En aquella tertulia —dice— reuníanse además elementos ajenos a la literatura, tipos pintorescos de la madrugada y el trasmundo del orden, que unas

veces traídos por el inquieto Sánchez Mejías, otras por el sorprendente Villalón, llenaban de incidencias raras e insospechadas las alegres reuniones de nuestro cenáculo literario. No faltaron, como es natural, princesas orientales, espiritistas, rancios académicos de Buenas Letras, deportados portugueses, eruditos cavernosos, lánguidos poetas de la meliflua Suramérica, pollos modernistas, esperpentos, pamplinosos del surrealismo, niños impertinentes, sabios hueros, sablistas y charlatanes, si que también algunas poetisas de inspiración y hechos más o menos amables»².

Tampoco puede extrañarnos la afición taurina de esos contertulios en una ciudad como Sevilla. Aparte que estos poetas de *Mediodía*, conectados con el grupo de Madrid, se acercaban a los gustos de una intelectualidad que veía en la fiesta de los toros una dimensión culta y un refinamiento artístico y que se había hecho amiga y mentora de los toreros. Los poetas del 27, que tanto admiran a Sánchez Mejías, siguen en eso la línea de otros escritores de la época (Pérez de Ayala, Valle-Inclán, Ortega, José María de Cossío...) que tanto apreciaron, por ejemplo, a Juan Belmonte, otro torero, si no con las cualidades literarias de Sánchez Mejías, sí con un punto de preocupación intelectual que un escritor sevillano —Chaves Nogales— describió tan bien en su espléndida biografía del diestro. Villalón y Sánchez Mejías —cada uno con sus peculiaridades personales y literarias— me parecen dos curiosos exponentes de la confluencia —desde luego muy poco frecuente— de dos mundos que en Sevilla han estado casi siempre muy diferenciados y distantes: el mundo de la aristocracia rural o mercantil, por lo general muy desdeñosas de la cultura literaria, y el reducido mundo de los literatos que, salvo excepciones, apenas si han gozado en esa ciudad de un reconocimiento social estimable. Villalón y Sánchez Mejías (este último, aunque hijo de un profesional de la medicina, muy proyectado hacia el ruralismo subyacente en el mundo de la tauromaquia de entonces) son dos importantes excepciones a la regla de la incomunicación entre los mundos antes citados y sólo pueden explicarse, a mi juicio, dentro de esa estética de refinado popularismo y de matizada exaltación folklórica que abrazaron los hombres del 27. Si para Lorca el «cantaor» Manuel Torre podía ser el hombre con más cultura en la sangre que nunca haya conocido, el torero Sánchez Mejías era esa prodigiosa síntesis de «sal y de inteligencia» del famoso *Llanto*. Ambas manifestaciones —el cante de Torre y el toreo de Sánchez Mejías— eran para el poeta granadino *cultura*, no en el sentido romántico de un popularismo creador, anónimo y difuso, de arte colectivo, sino en el más cabal de creación personal, tan bien entendida y practicada por los poetas del 27, que en eso, como en tantas otras cosas, habían aprendido la lección personalista de Juan Ramón Jiménez. Cuenta Alberti que Manuel Torre habló una noche en Sevilla de su propia estética

2 ROMERO MURUBE, J.: *Sevilla en los labios*. Sevilla, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos, 1977, p. 107.

con «seguridad y sabiduría semejantes a la de un Góngora o un Mallarmé»³. *Inteligencia* es, por otra parte, el término definidor que Lorca aplica a Ignacio. Término de mucha enjundia poética, extraído de Bécquer (quien dice que la poesía es una cualidad de la inteligencia del hombre) y recreado en el poeta de Moguer, quien apela a la inteligencia como forma suprema del conocimiento poético:

«¡Inteligencia, dame
el nombre exacto de las cosas!»

No nos extraña por ello que, al hablar de Ignacio, un hombre tan centrado como Jorge Guillén y tan poco dado a gratuitas exaltaciones, vuelva a definirnoslo con el sustantivo lorquiano —*inteligencia*— que, según él, aprehende lo esencial de la personalidad del torero:

«Ignacio Sánchez Mejías —dice— nos interesaba mucho, y no sólo por su hombría de gran sevillano y aquel porte de quien se jugara muchas veces la vida: «la suerte o la muerte». Aquellas cualidades, a las que nosotros —pobres de nosotros— no estábamos acostumbrados, podrían haberse resuelto en una gallardía pintoresca. Y no era así. Lo más sorprendente es que Ignacio discurría con una de las cabezas más claras de nuestro tiempo. En su mente no se embrollaban las ideas. Esa capacidad intelectual se extendía hasta los más finos escarceos irónicos. (Había que oírle desarrollar una de sus paradojas favoritas: cómo Ortega —¡don José Ortega y Gasset!— era gitano.)

Aire de Roma andaluza

le doraba la cabeza.

Y su elogio —sigue diciendo Guillén— requería la palabra indispensable: *inteligencia*»⁴.

Joaquín Romero Murube quien, como sevillano, trató mucho al torero, vio en él la doble dimensión —heroica e intelectual— aunadas en su persona:

«Sevillanismo, voluntad y deseo. Este era el camino sin fin de la aventura vital de Ignacio. Fue torero porque en el instante sevillano en que él nació, la gloria romántica hispalense estaba en la torería. Era lo heroico de entonces. Si Ignacio hubiera cumplido los veinte años ahora, hubiera sido cualquier cosa heroica y difícil desde luego, menos torero. Joselito no hubiera podido ser en el mundo otra cosa más que torero. Ignacio podía serlo todo: ingeniero, político, escritor. Joselito fue la circunstancia feliz de todos los elementos propicios a crear en él la glorificación del héroe pandiculatorio, con la nobleza espiritual y física de un Apolo de la torería. Ignacio lo era todo, menos la gracia: era el esfuerzo y el coraje, la reflexión y la lucha.

3 En *La arboleda perdida. Libros I y II de Memorias*. Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1959, p. 266.

4 GUILLEN, J.: «Prólogo» a F. García Lorca, *Obras completas*, 9.^a ed., Madrid, Aguilar, 1965, pp. XXXV-XXXVI.

Cuando ya lejos de su primera época de gloria rondaba los peligros de otras aventuras —negocios, teatros, literatura— e Ignacio parecía que se iba a perder en una mediocridad aburguesada, lo menos andaluza y sevillana posible, de pronto, inesperado y terrible, el agrio encontronazo del cuerno contra la barrera de la plaza de Manzanares. Y en medio, atravesado como una seda, el cuerpo del torero. La tragedia lo restituyó a su nativo campo de gloria. Volvió héroe y muerto a Sevilla, más sevillano que nunca, porque las valoraciones trágicas encubiertas por la gracia son el exponente más fiel de esta difícilísima ciudad»⁵.

Y Alberti, por su parte, que se precia de ser el primero de los del 27 madrileño que conoció e intimó con Sánchez Mejías, exclama en su *Arboleda perdida*:

«¡Qué hombre más extraordinario e inteligente aquel torero! ¡Qué rara sensibilidad para la poesía, y sobre todo para la nuestra, que amó y animó con entusiasmo, ya amigo de todos!

...

Porque Ignacio, en lo físico y en todo, no era un andaluz de gitanería, sino ese otro, clásico, grave, perfilado y severo de la Sevilla de Trajano»⁶.

Son, como vemos, varios los poetas que sancionan el feliz hallazgo lorquiano de la romanidad andaluza de Ignacio, símbolo de claridad mental y de fino raciocinio, opuesto al cómodo pintoresquismo de la gitanería. Hay que subrayar, en efecto, la condición de modelo artístico y de canon personal (en cuanto fusión del hombre y del artista) que Sánchez Mejías debió significar para estos poetas del 27 que habían entrado en el mundo de la tauromaquia —de la mano, sin duda, de José María de Cossío— con el reverencial respeto que todo lo popular refinado les suscitaba. Con el mismo reverencial respeto con que don Manuel de Falla se acercara al arte flamenco en la Granada de los años 20. Y es sintomático que sea precisamente de la mano del torero cómo los jóvenes del grupo hagan su hoy ya famosa entrada en Sevilla. Después contaremos como corresponde la singular excursión. Recordemos ahora otros contactos anteriores que no conviene dejarse atrás.

El primer dato significativo de la relación entre Sevilla y el 27 fue la llegada de Pedro Salinas. Algo más que un contacto. Una larga estancia de ocho años. Llega a la cátedra de literatura de la Universidad en 1918 y permanece allí hasta fines del curso 1925-26, justamente en el momento en que se pone en marcha *Mediodía*, en la que sólo colaborará en una ocasión con un poema incorporado luego a *Seguro azar*. Otra, tal vez, hubiera sido la andadura de la revista de no mediar la marcha de Salinas a Madrid. Sevilla, como él mismo reconoce, ejerció «positiva influencia en su espíritu» (son palabras literales suyas), y su magisterio universitario y poético tuvo que

5 *Op. cit.*, pp. 108-109.

6 *Ed. cit.*, p. 246.

contribuir no poco al despertar inquieto de los futuros hombres de *Mediodía*. Uno de ellos —Luis Cernuda— escribe bellamente que, al poner el pie en Sevilla, Salinas es como «Boscán llegando entonces con aquel itálico modo, pero un Boscán que fuese un Garcilaso, con toda su aristocracia de cultura, gracia y pensamiento»⁷. Y el propio Salinas, respetuosísimo siempre con Sevilla, renovada siempre la admiración del primer descubrimiento, se acuerda de aquellas clases del viejo edificio universitario de la calle Laraña y de aquel alumno menudo y callado que pasó por ellas con la silente timidez de siempre. La evocación —preciosa— integra ciudad y personaje en un prodigio de sencillez narrativa:

«A Luis Cernuda. ¡No me lo he personado aún. ¡Y ya va para veinticinco años! No le conocí, de primeras. ¡Meses y meses, de octubre a mayo, sentados frente a frente, aula número cuatro, Universidad de Sevilla! ¡Y nada! —¡Luis Cernuda! —voceaba el catedrático (que era yo) casi a diario. Pasar lista. Y una voz quebrada y sin color, contestaba desde una banca, ni muy atrás ni muy adelante: —¡Servidor!

Y todo esto, Señor, ¿por qué? ¿Por qué he tenido yo que gritar, sin ganas, ¡«Luis Cernuda!» tantas veces en mi vida?, ¿por qué ha tenido él que contestarme, sin ganas, otras tantas —nunca faltaba a clase— «¡Servidor!»». ¡Cuando a Cernuda hay que llamarle quedo, cuando él no es servidor de nadie, dueño suyo, soltero, cerrero, escotero, por los mundos! Pero él era alumno oficial de mi clase de Literatura; mi año primero de enseñanza. Los dos novicios, él en su papel, yo en el mío. Y no le conocí, y se estuvo cerca de un año un profesor —¡y de Literatura!— delante del poeta más fino, más delicado, más elegante que le nació a Sevilla, después de Bécquer, sin saberlo.

Claro es que él entonces apenas escribía y nunca enseñó un poema suyo. ¡Pero eso, qué tiene que ver! No me lo he perdonado aún. ¿Me lo habrá perdonado él?

Luego, pronto lo supe. Me lo contaron.

—Sabe usted, don Pedro, ese muchachito finito, de color oliveño, el del pelo negro... Luis Cernuda. Hace versos, y a mí me parece, vamos que tienen algo... ¡Vaya si tenían! Ibamos, otros muchachos y yo, a su casa. Calle del Aire. Sí, la Quinta Avenida no está mal, la rue de Rivoli no está mal, y muchas, muchas, en los recuerdos de mi visita; pero ¡esa calle del Aire, esa calle del Aire...! «Prohibido el tránsito de carruajes», decía la cartelera en la esquina. Allí no entraba la rueda, como en las civilizaciones felices. En aquella caja de resonancia no sonaban más que los cascos del mulo del panadero: «Pan d'Alcalá». O el taconeo de las niñas —mantilla de diario, peina baja—, de vuelta de misa de la iglesia de junto. Tan humana, tan hecha a la medida del hombre que no había más que extender los brazos, y una mano tocaba con la pintura rosa de la casa de la derecha, y la otra, con la cal de la pared de enfrente. Se tapaba la calle (Cantar de niñas: «A tapar la calle, que no pase nadie»).

7 CERNUDA, L.: *Prosa completa*, Barcelona, Barral Editores, 1975, p. 1.218.

Y no podía pasar nadie, no, más que el epónimo, el aire ligerillo del Aljarafe. Y allí Luis Cernuda, en su casa —una casa seria, sencilla, recatada— nada de macetas, nada de santitos de azulejos, nada de pamplinas cerámicas ni floripondios de metal blanco, las paredes; verde, la pintura de los hierros de la cancela. Siempre iré a buscarlo allí, o a su poesía»⁸.

Buscar en Sevilla quiere Salinas la calle del Aire y reencontrarse con el manantial fresco y verdadero de la poesía de Cernuda. Porque en Sevilla —Salinas lo sabe y lo dice muy bien— lo más fácil es perderse, desorientarse en la fantasmagoría de esquinas, en los esguinces inaprehensibles de imposibles calles, en el caleidoscopio distorsionado de engañosos colores. Qué paradoja esa «Entrada en Sevilla» de su librito *Víspera del gozo*. Paradoja porque esa *entrada* de Salinas en la ciudad se publica en 1926, no cuando entra sino cuando sale de Sevilla. Y es como su testamento poético sobre la ciudad. El poeta la mira, además, desde el paradójico observatorio de un automóvil, motivo vanguardista muy caro a Salinas y lo más desacorde, claro está, con el intrincado rompecabezas de sus calles. Sevilla quedará así eternamente indecifrible y virgen, aferrada a su íntimo secreto:

«Imposible —dice— estarse quieto aquí en estas calles onduladas y penetrantes como frases nocturnas. Pero imposible, luego, ir a parte alguna, servirse de aquellos viales para el logro de un designio insertándolos en calidad de medios superior a una complicada norma. Había que andar por Sevilla, abandonado, como flotante en aguas invisibles en estos cauces secos, marchar sin adónde, querer ir, pero sin ninguna llegada, arrastrado por estas corrientes sin caudal, en un automóvil, góndola sin rumbo, a la deriva. ¿Dónde estaría Sevilla? Sin duda por estas venas azules, por estas venas rosadas, que no tenían nombres de venas sino de calles andaluzas —Aromo, Lirio, Escarpín—, se había de llegar a su corazón recóndito y difícil. Cada visión nueva era la aventura final, el último encantamiento, y, sin embargo, a cada visión se sustituía inmediatamente la de al lado, lo mismo que huye una nota de la cuerda donde nació, porque en la voluntad del ejecutante ya hay otra esperando, que la alcanza y la completa. Y era preciso que la imaginación juntase tal trozo de blanqueada pared, aquel zaguán, una cancela, con la perspectiva no suya —ésta ya se había evadido—, sino de la casa vecina, y poniendo sobre todo eso balcones y terrazas ajenos y un cielo visible, pero convencional, reconstruyese idealmente lo que por angostura de la calle y rapidez de la marcha no cabía, verdadero en la visión. Y por eso la ciudad, tan real, tenía un temblor de fantasmagoría, un inminente peligro de que al no poder tenerse juntos, arbitrariamente ensamblados en la imaginación todos aquellos fragmentos que en realidad estaban perfectamente unidos, se viniera todo abajo, en un terremoto ideal y pintarrajeado como los que muestran con comento de romances en los cartelones de la feria. Estaba viendo Sevilla y aún tenía que seguir imaginándola, y la ciudad le era, tan dentro de ella, algo

8 SALINAS, P.: «Nueve o diez poetas», en *Ensayos completos*, Madrid, Taurus, 1983, 3, pp. 318-319.

incierto e inaprehensible como una mujer amada, producto de datos reales, pero dispersos y nebulosos, y unificadora, lúcida fantasía que los coordina en superior encanto»⁹.

Esta Sevilla laberíntica, casi cubista, de Salinas, sedujo también a otros compañeros no sevillanos del claustro universitario. Ahí está, para recordarlo, el testimonio de uno de ellos —don Ramón Carande— que lo ha señalado en varias ocasiones antes de su reciente desaparición.

El poeta deja Sevilla en 1926 (su puesto, poco más tarde, había de ocuparlo Jorge Guillén). Pero antes hay ocasión para la fugaz visita a la ciudad de otro de los jóvenes del grupo madrileño. Se trata de Rafael Alberti. Y aquí está ya por medio Ignacio Sánchez Mejías, que había tratado a algunos de ellos en la tertulia de José María de Cossío. El motivo de la llegada de Alberti —preludio de la casi inmediata llegada del grupo— fue la celebración del séptimo aniversario de la muerte de Joselito en Talavera. Por esas fechas andaba ya Ignacio metido en el mundillo poético-aurino que capitaneaba José María de Cossío, el único —como dice Guillén— que «tuteaba a toda la grey» juvenil del 27. Cossío presentó a Sánchez Mejías a Alberti una tarde en el hall del hotel Palace de Madrid. Una tarde en la que el poeta recitara sus versos en honor de un joven torero que por entonces irrumpía con fuerza: Cayetano Ordóñez, Niño de la Palma. Alberti nos cuenta cómo Ignacio, impresionado por aquellos versos, los había elogiado con una expresión espontánea ciertamente poco académica: «¡Qué bruto.». Pero el poeta se apresura a decir que «aquella expresión en boca de un hombre que había lidiado y dado muerte a más de setecientos toros, no sólo me parecía justa sino que me llenaba de orgullo»¹⁰. De ese primer encuentro con Alberti y del trato amistoso que al mismo siguió, nació en Ignacio la idea de invitarlo a los actos que iban a celebrarse en Sevilla en memoria de Joselito. La venida de Alberti está salpicada de anécdotas personales con el torero. Fue también la primera ocasión —aparte el caso de Salinas— que un poeta del grupo de Madrid tuvo de conocer y tratar a los sevillanos de *Mediodía*. Pero dejemos que sea el propio Alberti quien nos lo recuerde desde la atalaya de su *Arboleda perdida*:

«Como quien se tira al ruedo, Ignacio se lanzó con arrojo en nuestra guerra gongorina, aficionándose a las «Soledades», llenando su memoria de los más difíciles y ceñidos arabescos de don Luis. Poco antes de la fecha del Centenario, me llamó a Sevilla. Se celebraba el séptimo aniversario de la trágica muerte de Joselito. Del tren me trasladó a un cuarto del Hotel Magdalena, encerrándome con llave, mientras me advertía:

—Ni comerás ni beberás hasta que escribas un poema dedicado a José. La velada en su honor es esta misma noche. En el Teatro Cervantes.

Unas horas más tarde recuperaba yo mi libertad, leyéndole a Ignacio *Joselito*

9 SALINAS, P.: *Víspera del gozo*, Madrid, Alianza Editorial, 1974, pp. 31-33.

10 ALBERTI, R.: *op. cit.*, pp. 245-246.

en su gloria, cuartetos muy sencillas que repetí en la fiesta, entre los oles y ovaciones de un frenético compuesto de gitanos y gentes de la torería devotas del espada»¹¹.

De los poetas sevillanos de entonces Alberti nos hace también una presentación que es más un apunte al paso que un retrato detenido. Demasiado escorado, por cierto, hacia la recurrencia taurina propiciada por la ocasión que le había traído a nuestra ciudad:

«Durante aquella breve estancia en Sevilla —escribe—, conocí a los jóvenes poetas agrupados alrededor de la revista *Mediodía*. Entusiastas, heroicos, en medio de la indiferencia frívola y jaranera de la capital andaluza. Recuerdo ahora a Collantes de Terán, a Rafael Porlán y Merlo, a Juan Sierra, a Rafael Laffón, a Romero Murube... Todos ellos con aire de torerillos sevillanos, de cuadrilla poética, ya lidiadores del mejor estilo en mitad de aquel ruedo literario español, cada día más amplio y hermoso»¹².

Hay dos poetas que merecen la mayor atención de Alberti. Uno es Luis Cernuda, al que en el primer encuentro apenas si trató pero que, andando el tiempo, le suscitó gran admiración:

«Por el aire aquel de su grieta del Aire —dice Alberti— el sevillano iba a salir un día al corazón del sueño, encontrándose allí con el delgado y melancólico de otro poeta de su tierra: Gustavo Adolfo Bécquer, instalándose un tiempo, desvelado habitante del olvido, en su morada. Poeta más «andaluz y universal» —como quería Juan Ramón Jiménez— nunca lo hubo en Sevilla»¹³.

El otro sevillano que impresionó a Alberti fue Fernando Villalón, en el que vio una humanidad singular. Con Sánchez Mejías, protagonizaba, al parecer, disparatadas y peregrinas controversias. Y así nos cuenta cómo Fernando «se proponía escribir por aquel tiempo una especie de historia de la tauromaquia, que titularía: *De Gerión a Belmonte*, pues afirmaba, con cierta gracia y razón, que el primer torero conocido era Hércules, robador de los toros bravos del rey mítico de Tartessos, nombre antiguo de Andalucía. Se empeñaba Fernando en sostener las teorías más extraordinarias, refutadas siempre por Ignacio durante largas horas. Presencé algunas veces estas discusiones, tremendamente serias, que terminaban mal, como aquélla, más grave, en que el poeta ganadero se obstinó en demostrar a Sánchez Mejías que los Tres Reyes Magos del Oriente, en su viaje hacia Belén para adorar al Niño Dios recién nacido, habían pasado antes por Cádiz, cosa que Ignacio no aceptó, motivando casi un rompimiento entre los dos amigos»¹⁴.

11 *Ibid.*, p. 247.

12 *Ibid.*

13 *Ibid.*, p. 248.

14 *Ibid.*, p. 251.

Las andanzas de Rafael Alberti en aquella Sevilla de 1927 culminan, de la mano de Fernando Villalón, con un viaje a los comunes escenarios gaditanos:

«Fernando y yo intimamos inmediatamente, exaltándonos a la vez el reconocimiento mutuo de los mismos paisajes vividos por la bahía de Cádiz, las salinas de San Fernando, las bodegas de Jerez y del Puerto. ¿Cómo, estando tan cerca, no intentar un viaje? Y al cabo de dos días de auténtica borrachera arrebatada, de sorprendente coincidencia en entusiasmo por aquella nuestra Andalucía La Baja, nos marchamos, sin más preparativos, en un absurdo automovilillo que el propio Villalón guiaba, al Puerto de Santa María, en visita al Colegio de San Luis Gonzaga, mi colegio, y suyo también, veinte años antes, con Juan Ramón Jiménez como condiscípulo. ¡Divertida excursión aterradora, pues Fernando no sólo levantaba las manos del volante explicándome sus proyectos literarios sino que de pronto frenaba, sacaba del asiento una vara de mimbre y dejándome solo en mitad de la carretera, se perdía por el campo persiguiendo una liebre! Le juré regresar en tren a Sevilla»¹⁵.

La atracción que Alberti siente por las figuras de Villalón y de Sánchez Mejías se traslada más tarde a otros compañeros de generación, que verán en estos dos sevillanos algo que, sin duda, no abunda: la vibración de una fuerte personalidad humana, la dignidad de una fantasía vitalista y nada teórica y —sobre todo en el caso de Ignacio— la grandeza del riesgo. Sánchez Mejías era, como es sabido, un caso singular de audacia y amor al peligro, de apasionada afición a cuantos lances corrieran el albur de la dificultad, «la suerte o la muerte», como recuerda Guillén. Su mismo concepto del toreo se apoyaba en esa premisa: ganar siempre la pelea al toro y al compañero de terna, arriesgar cada tarde su crédito de valiente, con un torear por los adentros, con su apretado banderillear... Su vuelta a la profesión en 1934 —tras varios años de retirada— se debe, según sus biógrafos, a esa misma pasión por la vibración vitalista del riesgo: «Voy a volver a torear —dijo en una ocasión— porque no quiero estar muerto. Los toreros no mueren en la plaza, sino en el olvido del retiro. Joselito muerto está más vivo que Belmonte y que yo!».

Frase paradójica; es decir, lectura poética de la realidad, inversión de la lógica aparente de las cosas. No extraña que un hombre así suscitara la admiración —también intelectual— de los poetas. En algún caso hasta extremos pintorescos. Alberti, por ejemplo, llegó a salir vestido de torero en la plaza de Pontevedra por sujeción a la amable tozudez de Ignacio. La reflexión del poeta, en el trance, explica muy bien lo que éste veía de diferenciado en el torero, la razón de su grandeza:

«Toreaban con él —cuenta Alberti— Cagancho y Márquez como espadas, y el portugués Simao da Veiga como rejoneador. Desde un tendido bajo, José María de Cossío presencié este peregrino suceso. Para colmo, entre todos

¹⁵ *Ibid.*, p. 249.

aquellos toreros de oro y plata, yo era el único que ostentaba un traje naranja y negro, traje de luto que Ignacio conservaba desde la trágica muerte de Joselito, su cuñado. Con cierto encogimiento de ombligo, desfilé por el ruedo entre sonos de pasodobles y ecos de clarines. Después... ¡Oh! Cuando el primer cornúpeto, tremendo y deslumbrado, se arrancó, pasando entre las tablas y el pecho, comprendí la astronómica distancia que mediaba entre un hombre sentado ante un soneto y otro de pie y a cuerpo limpio bajo el sol, delante de ese mar, ciego rayo sin límite, que es un toro recién salido del chiquero»¹⁶.

La inmersión de Alberti en este mundo mitad serio mitad lúdico que le ofrece Sánchez Mejías fue quizá el caso más extremo del deslumbramiento taurino y folklorista que sufrieron los del 27 y que tuvo mucho de moda, aunque poéticamente fecunda. No nos extrañen, por lo tanto, los recelos de hombre tan centrado en la poesía como Juan Ramón Jiménez, a quien estas veleidades de los jóvenes no le auguraban nada bueno. «Me he enterado —había dicho— que Alberti anda con gitanos, banderilleros y otras gentes de mal vivir. Como usted comprende, está perdido»¹⁷. No se llegó ciertamente a tanto, aunque hay que decir, en honor a la verdad, que las reticencias juanrramonianas no iban del todo descaminadas y que fueron los propios poetas del 27 los que en su momento matizaron ese sarampión folklorista que en ocasiones se desmandaba hacia el pintoresquismo. Pero esa rectificación llega más tarde. Estamos todavía en 1927, en los inicios de la aventura poética, y Sevilla y Sánchez Mejías han de cumplir aún un papel importante en la conformación del grupo. Hemos llegado al punto de la famosa excursión progongorina. Diciembre de 1927. El grupo (Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Guillén, Lorca, Alberti, Bergamín y Juan Chabás) llega a Sevilla invitado por el Ateño gracias al apoyo económico de Sánchez Mejías. El lance lo ha contado mejor que nadie Dámaso Alonso en unas páginas ya imprescindibles. Turbadora experiencia de un Guadalquivir nocturno convertido, una vez más, en símbolo itinerante de un discurrir poético:

«Era —dice el poeta— muy de noche. El Guadalquivir, crecido, inmenso toro oscuro, empujaba la barca: la quería para sí y para el mar. La maroma, de orilla a orilla, que nos guiaba, describía ya una catenaria tan ventruda que parecía irse a romper. Aún traíamos las risas de tierra, pero se nos fueron rebajando, como un frío, y hacia la mitad de la corriente sonaban a falso, a triste. Único entre todos, Federico no disimulaba su miedo. Tanto y con tanta ponderación lamentaba haberse embarcado, que primero creí que se trataba de una broma más, entre sus bromas. No: era auténtico terror; le salía de la carne el contacto de aquella fuerza negra, mugidora, fría.

Imagen de la vida: un grupo de poetas, casi el núcleo central de una generación, atravesaba el río. La embarcación era un símbolo: representaba los

16 *Ibid.*, pp. 258-259.

17 *Ibid.*, pp. 259-260.

vínculos y contactos personales que ligan a los miembros de un grupo en conjunta florescencia: la amistad, el compañerismo, los compartidos sentimientos, los mutuos influjos... La cuerda guiadora era el designio de Dios, la proyección teleológica que lleva hacia una meta la actividad de una hornada de hombres, contando con la fuerza de la riada (que El mismo también impulsa)»¹⁸.

Desde la distancia sentimental en que escribe estas páginas (año 1948), aquella visita a Sevilla cobra ante los ojos de Dámaso Alonso todo el encanto de una alegre evocación. La ve, antes que nada, como gozosa reunión de amigos en la plenitud de vitalidad juvenil y de entusiasmo poético. Así —como una fiesta de la amistad y el entusiasmo— vuelve a recordarla, cincuenta años después, Jorge Guillén en el poema que nos mandó para el cincuentenario del 27. Guillén vuelca en él un vitalismo retrospectivo que enlaza ¿cómo no? con su vitalismo del presente. Aquella inolvidable aventura de la Sevilla del 27 continúa prolongada en un futuro siempre creativo, en una floración que se enriquece con el tiempo:

*Unos amigos*¹⁹

(diciembre de 1927)

¿Aquel momento ya es una leyenda?
 Leyenda que recoge firme núcleo.
 Así no se evapora, legendario
 Con sus claras jornadas de esperanza,
 Esperanza en acción y muy jovial,
 Sin postura de escuela o teoría,
 Sin presunción de juventud que irrumpe,
 Redentora entre añicos,
 Visible el entusiasmo
 Diluido en la luz, en el ambiente
 De fervor y amistad.
 Un recuerdo de viaje
 Queda en nuestras memorias.
 Nos fuimos a Sevilla.
 ¿Quiénes? Unos amigos
 Por contactos casuales,
 Un buen azar que resultó destino:
 Relaciones felices
 Entre quienes, aún mozos,
 Se descubrieron gustos, preferencias
 En su raíz comunes.

18 ALONSO, D.: «Una generación poética (1920-1936)», en *Poetas españoles contemporáneos*, Madrid, Gredos, 1965 (3.ª ed.), p. 155.

19 Hay una edición facsímil de este poema manuscrito, enviado por Guillén a los organizadores del homenaje a la generación del 27, en Sevilla, con motivo del cincuenta aniversario de la misma: GUILLÉN, J.: *Unos amigos, Cincuenta años*, Sevilla, Gráficas del Sur, 1977.

EL GRUPO POÉTICO DEL 27 Y SEVILLA

¡Poesía!
Y nos fuimos al Sur.
Quedó en Madrid Salinas el Humano.
Y también Aleixandre
—Con soledad tan fuerte de poeta.
Y en Málaga otros dos inolvidables.
Sevilla.
Y surgió Luis Cernuda junto al Betis.
(Plaza del Salvador.
En voz baja me dice:
Me gusta aquella imagen
«Bien, radiador, ruiseñor del invierno».)
Alberti, Rafael. Un torerillo
Que fuese gran espada.
Intensamente Dámaso cordial,
Y su talento se prodiga a chorros.
Bergamín el sutil,
Dueño en su laberinto. Sobra Ariadna.
Gerardo Diego en serio
Se lanza de repente a una cabriola.
Es un ¡Hola! a su Lola.
Chabás —«con una voz como una barba»—
sonríe siempre desde su Levante.
Y Federico.
¡Ah, los hospitalarios sevillanos!
Allí Joaquín Romero a la cabeza,
Gran alcaide futuro de su Alcázar.
Compañía, risueña compañía.
Vivir es necesario.
Envidia —¿para qué?— no es necesario.
Se produce un acorde
Que sin atar, enlaza.
Cada voz, ya distinta,
No se confunde nunca
—¿Verdad, gran don Antonio?— con los ecos.
La vocación ejerce su mandato.
Coincidencia dichosa:
Madres hubo inspiradas,
Y nacieron poetas, sí, posibles.
Todo estaría por hacer.
¿Se hizo?
Se fue haciendo, se hace.
Entusiasmo, entusiasmo.
Concluyó la excursión.
Juntos ya para siempre.

Así es cómo la memoria literaria (Dámaso Alonso, Guillén, Gerardo Diego, Alberti...) nos ha traído aquella excursión hasta el presente. Sin duda idealizada, pero veraz. La vieja fotografía del salón de actos de la Económica de la calle Rioja (un plantel de poetas tímidamente agrupados junto a la

gravedad de José María Romero Martínez y Blasco Garzón) ha dado la vuelta al mundo. Ella nos da, en su instantaneidad de documento, sólo la cara oficial e institucionalizada de lo que aquello representaba (yo diría más bien: de lo que aquello representaría para el futuro de la historia literaria española). Pero las glosas subsiguientes magnifican, sin duda, lo que aquellos actos organizados por el Ateneo significaron en la vida sevillana de entonces. Bien poco, por cierto, si excluimos al reducido núcleo de jóvenes poetas sevillanos que participaron también, como lectores o como oyentes, en las veladas literarias.

Entre el público, la prensa sevillana de aquellos días registra la presencia de otros nombres del mundo de la cultura: Amantina Cobos, Fernando Labrador, Muñoz San Román, Molleja, Juan Miguel Sánchez, Juan Lafita, José Bello, De la Peña, etc. El año venía ya pródigo en conmemoraciones —digamos heterodoxas— en favor de Góngora, convertido por críticos y poetas del grupo en abanderado de un ideal estético discutido. Gerardo Diego, en su revista *Lola*²⁰, nos ha dejado una curiosa crónica de la celebración del Centenario en Madrid, lleno de actos provocativos y pintorescos: autos de fe contra los enemigos de Góngora, quemas de libros, sufragios por su alma... Todo ello entre el regocijo de los miembros del grupo y los ataques de ciertos órganos. Me interesa que ustedes conozcan una de las más curiosas voces discordantes de los actos de Sevilla: la de *La Gaceta Literaria* de Giménez Caballero. Sus juicios, poco difundidos, involucran muy directamente a Ignacio Sánchez Mejías pero atacan con dureza a los poetas:

«Media luna, las armas de su frente»

Este verso famoso de Góngora va a quedar como blasón simbólico del gongorismo poético de algunos de nuestros jóvenes.

Parece ser que a la espuma de estos jóvenes poetas gongorinos les ha salido —como quien dice— una contrata lírica.

Un torero se los quiere llevar a la tierra de María Santísima para que sustituyan renovadoramente —en el tablado flamenco— a los niños bitongos que vejaminara un día Eugenio Noel.

La cosa —lejos de parecernos mal y censurable— nos parece estupenda y exaltable. Lleva el sello de gran honra para la moral andaluza y para nuestra lírica actual. Por un lado, el torero —cansado de cabrejones y carne de mujerío banal— se compra la salvación del espíritu con lo que dicen es lo mejor de lo mejor en poesía: el gongorismo. Haciendo así un gesto de Meccenas, de magnate, que no ha tenido ningún magnate de España. Y subrayando, una vez más, que el público, lo popular español, es lo único aristocrático del país.

En cuanto a los poetas que aceptan tal gesto de tronío, se honrarán, predicando a las masas lo que creíamos fue siempre, para la minoría, siempre (no haría menos un socialista del viejo régimen).

Andalucía, tablado, gongorismo, cuernos. Gran blasón dejó Góngora el cordobés en su verso inmortal para caracterizar la poesía pura de nuestros nue-

²⁰ *Lola*, números 1 y 2.

vos gongorinos. Poesía pura española: «Media luna, las armas de su frente»²¹.

Hasta aquí la fácil ironía de *La Gaceta Literaria*, que juzga el gongorismo como una moda (cuando en verdad suponía una actitud estética que iba mucho más allá de la adoración de Góngora) y que reduce el significado de los actos de Sevilla a un ramplón maridaje poético-aurino-popular de escaso vuelo. Las cosas no fueron, por supuesto, como quiere la revista de Giménez Caballero, pero tampoco hay que ocultar —y los propios interesados no lo ocultan— lo que aquel acontecimiento sevillano tuvo de sano esparcimiento literario y de ocasión para el regocijo de unos amigos que, como dice Dámaso Alonso, se divertían de noche y dormían de día, inmersos de lleno en una ciudad que les ofrecía toda suerte de experiencias. Fueron días de actos oficiales (conferencias y lecturas poéticas) pero también de fiestas y de vivencias lúdicas, de la mano del propio Sánchez Mejías, anfitrión del grupo, y de Villalón, que impresionó a todos por su personalidad y su asombrosa inventiva. Sobre el resultado y proyección pública de los actos literarios discrepan los propios poetas al recordarlos. Según Dámaso Alonso, la acogida fue tibia: «Cuarenta o cincuenta personas. Sólo cuatro damas, la noche de mi conferencia. Habían entrado allí por equivocación, sin duda, y se escurrieron como cuatro anguilas en un momento en que yo me bebía un vaso de agua. Pero ¡oh prodigio!, el día del banquete con que nos obsequió el Ateneo, ¡cuatrocientos comensales!»²².

Alberti, en cambio, dice todo lo contrario:

«Aquellas veladas del Ateneo tuvieron un éxito inusitado. Los sevillanos son estruendosos, exagerados hasta lo hiperbólico. El público jaleaba las difíciles décimas de Guillén como en la plaza de toros las mejores verónicas. Federico y yo leímos, alternadamente, los más complicados fragmentos de las «Soledades» de don Luis, con interrupciones estuistas de la concurrencia. Pero el delirio rebasó el ruedo cuando el propio Lorca recitó parte de su «Romancero gitano», inédito aún. Se agitaron pañuelos como ante la mejor faena, coronando el final de la lectura el poeta andaluz Adriano del Valle, quien en su desbordado frenesí, puesto de pie sobre su asiento, llegó a arrojarle a Federico la chaqueta, el cuello y la corbata»²³.

Más ironía rezuma la reseña de los actos que Gerardo Diego insertó en su *Lola*²⁴, donde las cosas se cuentan con el desenfado que todo aquello requería y como lo que realmente eran: una divertida conjunción de seriedad literaria y lances festivos, en los que, además de los llegados de Madrid, participaron en mayor o menor medida los poetas de *Mediodía*. No hay ya tiempo

21 *La Gaceta Literaria*, 1 de enero de 1928, n.º 25, p. 3.

22 *Op. cit.*, p. 156, n. 3.

23 *Op. cit.*, pp. 263-264.

24 Núm. 5 (abril de 1928).

para precisar las actuaciones de estos últimos ni tampoco hay muchos datos al respecto, aunque sí sabemos que participaron sobre todo en las lecturas de versos. Sí deseo aludir, por su significado, al caso de Luis Cernuda, del que, al parecer, se leyeron algunos poemas (no olvidemos que unos meses antes, en abril del 27, había publicado en *Litoral* su *Perfil del aire*) pero que por aquellas fechas gestionaba ya su marcha de Sevilla. Una afirmación de Dámaso Alonso acerca de la juventud de Cernuda por aquel entonces y un juicio sobre *Perfil del aire* motivaron una dura reacción del poeta²⁵ que Alonso comenta así:

«Cualquier lector de estas palabras mías sobre Cernuda comprende que están dictadas por el afecto y que no encierran nada que pueda juzgarse ofensivo. Pues bien, a Luis Cernuda le han producido tal indignación que ha necesitado verterla en una carta despectiva que me dirigió en la revista *Insula*. Resulta que en 1927 Cernuda era más viejo de lo que yo pensaba. Que conste, pues: era más viejo. Más abajo afirmo que su primer libro (*Perfil del aire*) no era aún una obra madura: también esto le ha irritado mucho. Qué le vamos a hacer: a los primeros libros de casi todos los poetas del mundo (grandes y chicos) les ha solido pasar lo que a *Perfil del aire*. La carta de Luis Cernuda no me moverá de mi camino: yo me siento inclinado mucho más a la admiración que al desprecio»²⁶.

Digamos que en diciembre de 1927 Cernuda tiene 25 años, la edad, más o menos, que tenían todos los del 27, con la excepción de Pedro Salinas, mayor que todos ellos. Su proverbial displicencia por su ciudad y sus paisanos explica que en sus estudios sobre la poesía del 27 —que él llama generación de 1925— hable de las principales revistas del grupo y no mencione a *Mediodía* ni a los poetas sevillanos (con excepción de Villalón) ni los actos del Ateneo. Los silencios de Cernuda, sin duda excesivos en esta ocasión, son, a mi entender, una prueba más de la paradójica relación amorosa que el poeta mantiene con Sevilla. Relación llena por igual de luces y de sombras, de altivos desdenes y de gozosos y siempre sutiles arrebatos; de lúcidas frialdades y de cálidos recuerdos finamente contenidos. No participó, como ya hemos dicho, en los actos literarios del Ateneo, salvo en esa lectura de poemas que al parecer no hizo él directamente. Y es muy probable que, dado su carácter tímido e independiente, tuviera poco que ver con los montajes festivos organizados por Sánchez Mejías, Villalón y los demás. Todo el mundo ha oído hablar de ellos. Recordemos, por ejemplo, la fiesta que el torero les dio en su cortijo de Pino Montano, con generosa bebida, disfraces de moros, ocurrencias teatrales de Lorca, experiencias hipnóticas de Villalón, recitación, a cargo de Dámaso Alonso, de las *Soledades* de Góngora, y final flamenco con el cante de Manuel Torre y la guitarra de Manolo de Huelva. Otra

25 CERNUDA, L.: «Carta abierta a Dámaso Alonso», en *Prosa completa*, ed. cit., p. 1.377.

26 ALONSO, D.: *op. cit.*, p. 157.

extravagante puesta en escena fue la coronación de Dámaso Alonso como poeta en la Venta de Antequera. O la inquietante invitación de Ignacio a visitar de madrugada el manicomio de Miraflores. En los escritos de algunos de los poetas quedan, como hemos visto, reproducidos estos lances de aquellos días sevillanos que con el correr del tiempo se convirtieron en una fecha emblemática para la conformación del grupo del 27. Aquella gozosa conjunción de literatura y juego festivo, de sano vitalismo juvenil y de riguroso criterio estético trasluce una coincidencia poética común de altos vuelos en la literatura española de nuestro siglo y es como la partida oficial de nacimiento de una andadura creativa que todavía hoy se hace sentir entre nosotros con las figuras, felizmente vivas, de Alberti, Dámaso Alonso, Juan Sierra, Manuel Díez Crespo... Días de diciembre que tuvieron su parte de aventura vital y su parte de aventura poética y que, más allá de su neutra cotidianidad, han adquirido en la historia literaria una trascendencia que entonces, lógicamente, no podían tener. Actos que no pueden considerarse aisladamente (pues forman parte de una cadena de hechos literarios similares protagonizados en otros lugares por los mismos escritores) ni entenderse sólo en función de Sevilla (pues, como ya vimos al hablar de las revistas, la nueva sensibilidad poética ganaba adeptos en toda España). Pero cupo a esta ciudad un doble honor. Primero el de haber aportado al grupo un plantel de buenos poetas. Después, el de haber contribuido a aglutinar más a ese núcleo de altas cimas que en todo el país abría caminos nuevos. Y correspondió a Ignacio Sánchez Mejías el raro papel de hacerlos coincidir a todos en una peripecia vital que se reveló angular para la poesía. Jorge Guillén, al evocarla, se pregunta: «¿Aquel momento ya es una leyenda?». Y se responde: «Leyenda que recoge firme núcleo». Todo su poema —recordémoslo— gravita sobre la idea del *viaje*. Viaje real a Sevilla, pero viaje simbólico —también— hacia la poesía en acción que los identifica a todos. «Y nos fuimos al Sur» sigue diciendo. A la busca de una identidad poética todavía en ciernes. Estaba casi todo por hacer. El viaje a Sevilla resultó ser —bien lo sabía Guillén— un viaje siempre prolongado en el tiempo, nunca acabado, abierto permanentemente como símbolo de una amistad poética y humana que, en medio de tantos avatares personales como luego sufrieron, nunca se rompió del todo entre los hombres del 27. «Concluyó la excursión» —termina el poeta—, «Juntos ya para siempre».